

CANS DE PALLEIRO.

Una conversación con John Berger y Manuel Rivas

Referencia: SAMPEDRO, Víctor (2002) “Cans de palleiro: Diálogo con John Berger y Manuel Rivas sobre cultura campesina” en FUNDACIÓN CONTAMÍNAME (ed.) *Ciudadanos de Babel*, pp. 21-48. Punto de Lectura. Madrid. ISBN 84-663-0740-0

Los encontramos en la calle. Contaban cuentos en una plaza próxima al estudio de Pedro, donde se reúnen los sin techo y los sin patria, soñando sueños de cartones de vino dentro de cartones de neveras. John Berger y Manuel Rivas se comportaban como *cans de palleiro* de paso por Madrid. Así les llaman en Galicia a los perros sin raza, concebidos y paridos en cualquier pajar. A pesar de ello, son animales sabios y expertos, como los campesinos emigrados que acompañan en el destierro, en el tránsito del heno al asfalto. Vinieron a la ciudad, ladrando en dos lenguas poemas y pasajes del último libro de John Berger, titulado *King*: el perro que cosecha con otros “sin tierra” un vertedero *afavelado* de Europa.

Duo de aullidos para un estandarte de harapos en honor a todos los exiliados del campo. John, vestido con el luto pueblerino de los días de fiesta, pidió silencio para escuchar los gorriones del otoño. Manuel ladró un *aturuxo* de mozo de aldea, semejante al que un día antes gritaban los manifestantes contra el Fondo Monetario Internacional en Praga: “Capitalismo, Canibalismo”. Y, al final, echaron a correr en frente de los *grises* de la memoria, girando en torno a nosotros, convocados por una bandera blanca con un lema pintado en spray rojo y negro: “King y vosotros”.

Les abordamos en el bar de la esquina para llevarles a casa, con las únicas promesas que tientan a los aldeanos: alimento, bebida y conversación. Belén, María y Rosa oficiaron el banquete. Vasos y platos siempre llenos. Sonrisas y miradas que alimentaron las esperas y los silencios, los huecos libres del diálogo. Nela, la compañera de John Berger, se reclinaba en un sillón. La guitarra y las estrofas de Pedro dieron paso a una conversación en inglés, gallego y castellano.

Víctor Sampedro:

Con *Ciudadanos de Babel* queremos aproximarnos a quienes aprecian el valor de la diferencia. A veces los primeros extraños, los más extranjeros, resultan ser quienes tenemos más cerca. Pocos autores como vosotros se han acercado tanto a los campesinos que, a pesar de ser nuestro pasado y presente inmediato, nos resultan cada vez más lejanos. Podríamos arrancar de vuestras trayectorias personales. No para espurgar vuestras biografías, sino para compartir vuestra experiencia. Antes de irse a vivir al campo, John practicaba y enseñaba arte en Londres. Estabas inmerso en la vida cultural de la metrópoli. Y desde fuera parece como si de repente hubieras tomado la decisión de vivir en una aldea de los Alpes franceses. ¿Qué ibas buscando? ¿Qué encontraste? Y tú, Manolo, desde hace tiempo vives en una aldea cerca de A Costa da Morte. Naciste en Os Castros, un barrio de A Coruña, frontera entre el campo y la ciudad. Allí, en lugar de plazas, entre los edificios había pequeñas huertas cultivadas por jubilados. Nos gustaría que aprovecharais para comentar algunas ideas que la gente de la ciudad tenemos sobre los campesinos.

Manuel Rivas [se adelanta para dar tiempo a que le traduzca la pregunta a John]:

Posiblemente mi caso sea diferente al de John. No doy un salto tan grande desde la ciudad o la metrópoli. Mi familia o parte de mi familia siempre vivió y continúa viviendo en el campo, por lo que no tuve una sensación... digamos que no tomé la decisión de irme al otro lado. Aunque después la experiencia sí tiene consecuencias muy importantes. Resulta curioso comprobar hasta qué punto en una distancia muy corta, en pocos kilómetros, puedes encontrar lo que está pasando hoy en el mundo. Lo interpreto realmente como una metáfora del mundo. Es como descubrir en otra escala un cierto sentido de la vida.

Desde hace años vivo cerca de Vimianzo, un lugar de 5.000 habitantes, un pueblo. En la aldea, como yo le digo, somos 20 familias y el lugar se llama Urroa. Para los de Coruña Urroa no existe, porque no está en el mapa. Pero para los que están más cerca, para los de Vimianzo, tampoco existe. Es otro mundo...es la aldea. Mi experiencia más interesante allí fue descubrir que los miembros de casi todas las familias habían sido o eran emigrantes a Europa, y antes a América... Me encontré con un mundo del cual hablar.

Voy a intentarlo contar mejor con una experiencia concreta. Una noche, víspera de San Juan, hicimos una gran hoguera. Esa fecha está plagada de costumbres: lavarse por la mañana con agua perfumada con siete hierbas... Bueno, allí conservan todo. Arriba de las casas colocan una rama de saúco. Ahora las ponen en las antenas de televisión, para ahuyentar los malos espíritus. Bien, pues esa noche a las cuatro de la mañana escuché hablar a aquellos campesinos. Les oí decir las mismas cosas en francés, en alemán y en inglés. Entre ellos discutían cómo se nombraban distintas cosas en francés, si estaba bien pronunciado [habla en francés]. Hablaban de la caza, del zorro... en todos los idiomas que habían aprendido en sus trabajos. Bueno, quizás esto me sugirió la vitalidad de una conversación, de un mundo que luego multipliqué en cuentos. Lo que intento decir es que la situación de verdad nueva, la situación que vivimos se resume en que en cualquier parte del planeta todo puede ser puesto encima de la mesa. Cualquier cuestión, hasta los más temas más lejanos. Porque todo el mundo está más o menos contaminado.

John Berger:

Tal vez podemos ampliar la discusión. De lo que estamos hablando es de la mala información que tenemos de los demás, gente a veces muy próxima. Por ejemplo, la desinformación que recibimos en las ciudades sobre los campesinos se parece a la que hemos tenido, ampliando el tema, del Este de Europa durante 50 años. Pasa incluso ahora sobre los rusos, y lo que ocurre allí en estos momentos. Nela es una experta y ha escrito mucho sobre esto. De hecho estamos ante la misma clase de problema, tal vez.

Víctor Sampedro [dirigiéndose a Nela]:

¿Qué piensas? Por favor, ¿quieres unirme a nosotros?

Nela [incorporándose incómoda y recostándose de nuevo en el asiento]:

No, no. No quiero hablar.

John Berger [respetando la negativa]:

Pues bien, yo, tal vez la primera cosa, la única cosa autobiográfica que quiero decir es que dejé la escuela cuando tenía 16 años. Nunca fui a la universidad ni tuve educación superior. Bien, en un determinado periodo hice con mi amigo fotógrafo Jean Mohr un libro. Creo que es el trabajo del que estoy más orgulloso y le llamamos *El Séptimo Hombre*. Trataba de los trabajadores emigrantes, que en esa época eran españoles, portugueses, griegos, argelinos, tunecinos... que fueron a buscar trabajo a Suiza, Alemania, Francia, Gran Bretaña, y ...

Nela:

Eran los años setenta

Berger:

Sí, eran los principios de los setenta. E insisto en que creo que es el libro del que me siento más orgulloso. Trabajando en él, que no es de ficción, como en otras muchas de mis obras, mezclé poesía, ficción y hechos. Bien, hablando con estos emigrantes descubrí que la mayoría venían de pueblos. Y me di cuenta de que quizás podría acercarme a sus nuevas nuevas experiencias o el shock cuando llegaron a los países ricos en los que ahora trabajaban. Pero sobre lo que habían dejado atrás, de sus vidas en los pueblos, yo no sabía nada, ni podía imaginarlo.

Era muy consciente de mi enorme ignorancia. Lo cual no dejó de sorprenderme. Simplificando razones más complicadas, tal vez por eso me fui entonces a un pueblo, que en ese momento estaba bastante aislado y donde se vivía una vida tradicional. Ahora todo eso casi ha desaparecido. Permanecí allí entonces, especialmente entre los hombres y las mujeres mayores. Y no fui allí para... Quiero decir, que fui simplemente a aprender. De hecho fue mi primera y única universidad. Mis maestros y profesores fueron esos hombres y mujeres. Muchos, la mayoría de ellos, ya han muerto. No sólo me enseñaron sus vidas, sino también y ante todo, la vida. Este es mi pequeño trozo de biografía. Después de varios años, en esa universidad en la que habitaba empecé a entender un poco más las equivocaciones, los errores o, simplemente, la ignorancia de los que hablan de los campesinos desde la ciudad.

Manuel Rivas:

No debíamos creer que existen fronteras definidas entre el campo y la ciudad, ni personajes puros, sin contaminar. No es eso, hay una gran esquizofrenia. Sobre todo encuentras a gente que, a veces, considera el emigrar como una liberación. Marchar del campo se vive como la liberación de una esclavitud. Y, al mismo tiempo, te encuentras con el gran drama interno que vive lo que queda del campesinado. Aunque se queden, están pensando en marchar. La emigración se piensa como forma de progreso, de nueva vida. Pero ellos, por ejemplo, nunca venden la tierra. Siguen llevando, teniendo, la tierra dentro. Yo me quedo con ese drama, con esa esquizofrenia que también pesa sobre el mundo.

Mestizaje, globalización, movimiento... convocan ideas muy hermosas. Pero debemos cuestionar un poco la retórica y entender que esas palabras esconden muchos dramas y también muchas trampas. Resulta evidente cuando, por ejemplo, las músicas pueden traspasar las fronteras pero en cambio los músicos no. Un caso muy claro ha ocurrido en Marruecos con algunas orquestas. En varias ocasiones dejaron pasar los instrumentos en la frontera, pero no a las personas [traduce a John la historia]. Se les pidieron papeles, visas... no podían pasar. Los instrumentos sí. A veces eso del mestizaje me recuerda un poco a la postura del misionero, me refiero a la sexual. Sabemos que el mestizaje ocurre en una sola dirección y que resulta muy difícil que se dé en la otra. Puede resultar interesante debatir, después, el sentido real de esas palabras.

Os voy a contar una historia que tiene una parte divertida y otra tremenda. Tiene lugar cuando los exploradores españoles llegaron a la península ahora llamada de Yucatán. ¿Sabéis porque se llama así, Yucatán? Pues porque los primeros conquistadores iban por la selva, y se encontraron con unos indígenas. Va uno y dice: "Oye, Pepe saca el mapa". Y les preguntaron a los indios: "¿Cómo se llama esto?", señalando el mapa. Los indígenas no entendían y, por supuesto, dijeron: "no entendemos", "We don't understand", que en indio se dice Yucatán. Y los conquistadores españoles dijeron: "Ah! Yucatán, esto es Yucatán". [Risas generalizadas]. Claro, igual de contentos se hubieran quedado poniéndole ese nombre a los indios, los indios "We don't understand".

Víctor Sampedro:

De la universidad de la aldea, viviendo con los campesinos, extraéis el principal material de vuestros libros: Ahí, creo que podemos encontrar y rescatar algunas enseñanzas para vivir un presente tan confuso como el actual. Por ejemplo, podríamos comentar el concepto de representación, que apenas existe, según John, en los pueblos pequeños. Entre los campesinos no hay espacio para encarnar papeles ficticios, porque están rodeados de personas próximas en un entorno conocido. En el campo también existe otra manera de mirar, presente en vuestra literatura, es la mirada de las personas de la aldea. No hablamos de personajes, porque los dos escribís sobre personas no sobre personajes. Esa mirada se sitúa entre la de un niño y la de un hombre viejo. Conserva la ingenuidad de los pequeños, unida a la memoria y la capacidad de resistencia de los mayores. Y un tercer tema, que podríamos comentar, sería la forma campesina de narrar, de conversar y contar historias alrededor de la mesa. En nuestro mundo de comidas de trabajo o de negocio, hemos olvidado, como practicaba Platón, que el verdadero diálogo social nace tras compartir ritualmente la comida. Los filósofos griegos clásicos dictaban sus lecciones a los comensales en los banquetes. Nos gustaría que comentarais esos dos o tres puntos: la representación, la manera de mirar y de contar de los campesinos.

John Berger [se mesa los cabellos y reflexiona durante un tiempo]:

La cuestión sobre la falta o ausencia de representación, creo que es un poco más complicada. Porque, sí, en la comunidad tradicional se conocen todos y no hay verdaderos secretos. Aunque sí existen algunos, que la gente aparenta que son secretos, pero que realmente no lo son. Esto reduce la necesidad de las grandes representaciones. Otro aspecto es que los campesinos mantienen conversaciones en las que cuentan historias de otra gente que conocen e imitan. Y todo el mundo inmediatamente reconoce a la persona en cuestión: sus gestos, su forma de hablar o lo que repite todo el tiempo. De modo que sí existen formas de representación, pero todo el mundo reconoce cual es representación y cual el original. Por supuesto, este es también el principio del humor.

Manuel Rivas:

La imágenes que tenemos del campesino, sobre todo las manejadas por los políticos conservadores, encarnan los tópicos de las identidades nacionales. Constituyen como la piedra, la referencia base y los valores de una especie de mundo incontaminado. Pero esta visión resulta demasiado grosera y, de hecho, brutal. Porque en realidad los campesinos representan a los indios, aún son “los otros”. Y creo que esto es algo muy dramático. Para la gente todavía viven de forma diferente, aún no entraron completamente en el *shopping mall*, el gran centro comercial. Se quedan a las puertas, entran y salen.

Una de las cosas reales que experimenté y viví, además como una experiencia muy diferente, es la peculiar economía del tiempo. Los campesinos, mis vecinos siempre tenían tiempo para hablar, más tiempo para hablar conmigo. Recuerdo, estoy viendo ahora a las mujeres venir antes de ayer, vamos, con grandes haces de hierba en la cabeza. Yo permanecí en la puerta apurado porque... el teléfono, las entrevistas, acabar un artículo.... Y ellas me hablaban sin prisa alguna, con todo el peso encima. Yo era el apresurado. Y ellas, en realidad, tenían más razones para estarlo: tenían menos dinero, más problemas... Cuidaban del ganado. En la cocina tenían la comida al fuego. Su padre estaba enfermo en el hospital de la ciudad. Pero tenían tiempo para hablar conmigo. Yo no.

Se trata de un problema de estructura mental, de formas diferentes de pensar. Y me di cuenta de que eso nos separaría siempre: el sentido de la economía del tiempo. No piensan que sea algo totalmente productivo. No precisan rentabilizar cada hora. En cambio, yo sí. Aunque trataba de escucharles, yo notaba que estaba hecho en otro tiempo, ¿sabes?, inmerso en el sentido productivo del reloj. Eso sí que nos separa. Aunque trataba de vencerlo... Pero para ellos forma parte de su cultura. Vale la pena hablar sobre la enfermedad o sobre la boda de su hija. En cambio yo...”Ah! la boda. Sí, sí, bueno... Vale. Vale. Ya hablaremos.” Yo quería escuchar a aquella aldeana, pero siempre pensaba que habría algún otro momento. Y para ellos ése era el momento. Con la hierba encima, ahí aguantando, mientras yo no llevaba peso alguno.

Víctor Sampedro:

Esto que Manolo acaba de comentar refleja toda una noción del tiempo, como espacio de diálogo, de narraciones...

John Berger:

Sí, es muy importante. Pero intentemos no idealizar. Porque en esa comunidad donde todos saben que tienen que vivir juntos, también se matan unos a otros. Aunque con más frecuencia se matan a sí mismos, por soledad. Esto también forma parte de la verdad. Pero, sin embargo, en la vida diaria y en todas las relaciones, en algún lugar, los campesinos mantienen la idea de que tienen que encontrar un modo de vivir juntos. Porque estamos ahí. Y, si no lo hacemos, todo se desintegrará. Aunque al vez no sea ésta ésta la verdadera razón. Quizás debamos vivir todos juntos porque todos somos herederos de la muerte. De la misma muerte, que está mucho, mucho más presente en los pensamientos de los campesinos y en su vida cotidiana más que en ningún otro lugar. Vale, ésta era una primera idea.

Otra cuestión se refiere a la economía campesina de subsistencia. La que lo es de verdad nunca entrará en los cánones de la contabilidad. Porque se trata de un trabajo interminable. No tiene fin, ni se puede medir. No existen períodos de trabajo y de descanso. En cierto sentido, todo es tiempo de trabajo. Entonces (y esta es la paradoja), entonces resulta posible, en este eterno tiempo de trabajo, que alguien llegue, incluso inesperadamente, e interrumpa esa eternidad. Por supuesto que podemos estar con él media hora hablando o tal vez, si es por la noche, dos horas. No es nada comparado con esa eternidad, no miras el reloj.

En cierto sentido, la noción o el principio de que el trabajo es interminable existe porque la gente es consciente de que siempre está frente a lo desconocido. Aunque saben una enorme cantidad de cosas muy, pero que muy diferentes. Desde reparar el motor de un tractor hasta ayudar a las mujeres a parir. Sus conocimientos son extremadamente variados. Pero siempre tienen la sensación de estar frente a lo desconocido. En ese contexto no puedes decir realmente “esto es trabajo y ahora me paro”. Porque lo desconocido se presenta siempre, cargado de ciertas promesas, y más a menudo de temor. Todo el tiempo. Por esto el trabajo es interminable.

¿Cómo miran? Esa es otra pregunta. El grado de observación de un campesino por hora resulta absolutamente extraordinario. Si fuese posible realizar una estadística, una persona de la ciudad percibe en una hora, digamos, una centena de acontecimientos. Diría que un campesino tradicional observa un millar. Y la mirada lo abarca todo: “Ajá, ¿por qué Jack se va hoy de su casa?, nunca lo hace, ¿qué va a hacer?”, pero también percibe cómo vuelan los pájaros; si se ven o no las montañas, porque eso tiene que ver con el tiempo... Se da cuenta de cómo camina esa vaca, de cómo está hundido el terreno en aquel sitio concreto, etc... Mira todo, todo el tiempo. Esta calidad de observación es una especie de intercambio con el mundo, con otra gente, con la naturaleza y con lo desconocido. Eso convierte la mirada en algo eterno y entretenido.

Manuel Rivas:

Quisiera esbozar una idea contra ciertos tópicos. A veces suponemos que el campesino que emigra a la industria, a la ciudad o a otro país es un ser perdido,. Se supone que vivirá un gran shock al tener que integrarse casi en otro planeta. En cierta manera es cierto, pero también resulta verdad algo que me llamó la atención viviendo, estudiando tanto en una aldea como Urroa. Me refiero a las grandes defensas, si quieres, las grandes habilidades que desarrollan los campesinos a diferencia de muchos de nosotros.

Puede, por ejemplo, que creamos que un gallego emigrante que procede de la ciudad se encuentra más preparado para afrontar el choque de trabajar en una fábrica en Alemania o de vivir en una ciudad como París o Londres. Curiosamente el campesino puede estar más preparado. Aunque en principio el otro tenga mayor picardía o facilidad de palabra, el campesino sabe más cosas. Y allí donde llegue un campesino aplicará muchas habilidades, creará cultura. En Londres empieza fregando el hospital, pero acaba siendo celador, el jardinero o el que arregla las herramientas, porque que nadie sabe ya tocar las herramientas por dentro. No es un ignorante, acaba siendo el que más sabe allí donde está. Porque ha experimentado cosas que otros desconocen, sabe cómo afrontar problemas prácticos, sabe tocar cuerpos...cogerlos. Es decir, está preparado.

Me llamaron mucho la atención los gallegos que trabajan en los hospitales en Gran Bretaña; en concreto, cómo se integraron con rapidez. Podría contar casos que me parecieron extraordinarios. Por ejemplo, un joven que sale de la aldea con 17 o 18 años en un tren y acaba en el sur de Inglaterra, en un hospital psiquiátrico con 3.500 enfermos. Ese hombre permanece allí dentro, a diario, sin apenas salir. Pero sabe afrontar la situación y, además, entiende al loco, al que está internado. Y se relaciona con él casi con más facilidad que el que viene de la ciudad, que tiende a vivirlo más dramáticamente. Tienen más defensas, más habilidades.

Víctor Sampedro:

Esto conecta con la capacidad de resistencia de la que hacen gala permanente los campesinos, a pesar de su vulnerabilidad respecto al clima, a los cambios económicos y sociales. John terminaba su novela *Puerca Tierra* con un epílogo histórico, escrito en 1979. Afirmaba que el campesinado es, ante todo, un actor social que sobrevive y resiste. Amenazado por la desaparición, adopta la defensa de guerrillas: “red de pequeños senderos que cruzan un medio hostil”. Además, añadía John, “todas las transformaciones que pueda imaginar el campesino implican su volver a ser ‘el campesino’ que fue”. Intentando pasar hacia los temas de la globalización, éste parece ser el mensaje del sub-comandante Marcos y el EZLN, cuando afirman que todos de algún modo somos zapatistas, desde el homosexual de San Francisco hasta el desempleado parisino.

John Berger:

Sí, lo son, no hay duda para mí. Cuando empecé a escribir sobre los campesinos de la montaña, como Manuel hace sobre los aldeanos gallegos, la gente me decía con cierta ira: Te estás apartando del mundo. ¿Sí? Es una visión tan, tan limitada. Las últimas semanas Nela y yo estuvimos liados en una película, un corto documental con Salgado sobre las migraciones, llamado *Éxodo*. He olvidado las estadísticas exactas, pero de hecho hay cientos de millones de campesinos sumidos ahora en movimientos migratorios. Se ven forzados y obligados a ello. Está pasando en todas partes, en todos lados, a una escala extraordinaria. Y se ha convertido en el principal problema del mundo. La pregunta es: ¿qué traen consigo estos cientos de millones de personas y cuanto tiempo serán capaces de resistir siendo campesinos? ¿Cuánto? Porque ellos todavía insisten en ser campesinos, aunque emigren. ¿Cuántas cosas traerán que nosotros necesitamos? Esta pregunta se ha convertido ahora en la pregunta global. Por supuesto que podemos hablar del sub-comandante y de los zapatistas. Pero nos llevaría a algo diferente, porque entonces tenemos que debatir sobre las verdaderas fuerzas políticas que funcionan en el mundo. Que por cierto nada tiene que ver ni con los políticos ni con los partidos.

Víctor Sampedro:

Sí, ése es el diálogo al que apuntaba. Porque intentamos trazar esas preguntas, apuntar cómo podemos orientarnos y reaccionar frente a los grandes procesos de la globalización. En busca de referencias en medio del desconcierto, el EZLN quizás pudiera compararse con otros campesinos que “se echaron al monte”. Por ejemplo, en 1939 algunos españoles se unieron al maquis, luchando primero contra el franquismo y después contra los nazis. Abandonaron sus pueblos y dijeron no. Se pusieron en pie y se retiraron a las montañas, donde conocían los recursos, cómo sobrevivir, cómo resistir, cómo mantener las raíces, manteniéndose apenas de ellas... Y además, en un “ejército” que no quiere serlo, porque como afirma Marcos, “su más alta misión es desaparecer”.

Manuel Rivas:

El último guerrillero en Galicia, el último maquis, O Piloto, murió en el 67. Creo que lo importante, como en el caso de los zapatistas, es señalar que en ningún momento los campesinos han adoptado el lenguaje de las armas. En su discurso no ocupa un primer lugar la idea de ganar para tomar el poder, que en México resulta una constante. Allí incluso se cultiva una memoria revolucionaria, casi institucional, institucionalizada en el PRI. Creo que el zapatista y el campesino en general rompen precisamente con todo eso. Dicen: No queremos la poltrona, el poder; es decir, tomar la cúpula como en una revolución clásica. Sino que realmente defienden un proyecto de cambio de vida, a partir de plantear cuestiones concretas. No hay una idealización de las armas, que se convierten en prolongación del brazo. Al contrario, claramente manifiestan su disgusto al portarlas. Quizás sean a quienes menos les gusten las armas en todo México. Las usan y aprecian mucho más la policía, los narcos y las mafias.

Existe la sensación de que la globalización y la vanguardia corresponden a iniciativas en manos de los grandes poderes. Pero estos poderes no están ligados a los ciudadanos, ni siquiera asociados a sus gobiernos nacionales. La gran trampa es su abstracción, su camuflaje. El llamado discurso de la globalización, hoy en día, es una retórica del mercado y del poder, que son las auténticas realidades y las dinámicas que cuentan. Nuestra obligación, lo que sí podemos hacer, es plantearnos preguntas. Digamos que la gran trampa consiste en anular el tiempo, en el sentido que decía John. Debiéramos insistir que existe un pasado y un futuro. Si nos fijamos, toda la publicidad siempre gira alrededor de la idea de que el futuro ya está aquí. Vivimos en el mejor de los mundos posibles. Todo va bien. Y creo que nuestra obligación es romper esa pantalla, en la medida que podamos, con lo que sea, con el bolígrafo, con el ordenador...

El mundo de Internet en Mozambique creo que se reduce a seis conexiones, seis puntos, seis personas; en Angola, dos. Dos tercios de la humanidad todavía no pueden hablar por teléfono tal como lo usamos la mayoría, sin tener que desplazarse varios kilómetros. Ésta es un poco la tarea, que no es pequeña. Rebatir la retórica imperante con cierta rotundidad, lanzar las preguntas como proyectiles y cuestionar esa idea de que el futuro ya está aquí, que lo vivimos y que la historia ya se ha acabado.

John Berger:

Sólo vuelvo un momento a las razones de por qué me fui a aquella universidad. Me marché allí porque no pude encontrar en las bibliotecas autores con experiencias reales, que hablasen de los campesinos, ni desde la izquierda ni desde la derecha. Resulta totalmente imprescindible hablar estos temas. Si uno puede hablar del capitalismo, también puede hacerlo de los campesinos que están siendo expulsados de sus tierras, durante la revolución industrial en Gran Bretaña, en Irlanda, y ahora en África, el sudeste asiático... Podemos denunciar los males de la industria agrícola y ganadera, que son parte de la globalización, pero no deberíamos olvidar lo que pasó en la Unión Soviética y en las regiones del Este que vivieron la destrucción más brutal y sistemática del campesinado. El error afecta tanto a la izquierda como a la derecha, como dijimos antes. E importa repetirlo, porque ambos bandos han estado de acuerdo en una cosa: los campesinos están atrasados, siguen de espaldas al progreso y por eso pertenecen al pasado. Por tanto, cuanto antes desaparezcan, más rápido sobrevendrá el futuro, tanto si es un futuro comunista o capitalista.

Ahora bien, hablando de los zapatistas, les distingue el respeto enorme, la consciencia de una humanidad y una historia compartidas, así como de las necesidades humanas que ese pasado articula. Al mismo tiempo, y esto resulta muy especial, Marcos ha asimilado la lección de que los media existen y que resultan claves. Por eso puede usar los medios contra ellos mismos, como deberíamos aprender a hacer todos. Pero sin recurrir a los dos viejos discursos de los que hablábamos, que sólo están pensados en términos de un futuro enfrentado a lo caduco.

Los medios de comunicación actuales sufren el impulso propio del delincuente: venderlo todo inmediatamente, para sacar el máximo beneficio en los próximos dos meses. Concentran el discurrir del presente en lo inmediato, lo exponen como si careciese de pasado y de futuro. Sin embargo, podríamos intentar retomar la perspectiva de la existencia de diferentes puntos de vista sobre el presente. En lugar de ello, nos centramos en lo que está pasando ahora, presentado sin más alternativa que la que nos muestran. También es cierto que hay una libertad en la expresión, de discursos que son nuevos y funcionan, por supuesto, de manera totalmente diferente. Estoy dando un gran salto, pero parece que proliferan músicas, trabajos con enfoques distintos... Pero no quiero seguir, porque es un asunto diferente. Lo que quiero decir es que no estamos solos.

Víctor Sampedro:

Me alegra que los dos hayáis sacado a relucir los medios de comunicación. Algún autor ha dicho que la información impone formatos (da forma a la realidad), habla de transformación (transforma la realidad) y la conforma (genera conformidad). Parece que los medios están realizando estas tres tareas de forma cada vez más sofisticada. Manolo, tú denunciabas como fraude el mito de la sociedad de la información. John, señalabas que debemos contar con los medios, instrumentalizarlos con otros fines.

John Berger:

Sí, por supuesto, por supuesto. Lo están haciendo los movimientos anti-globalización en Seattle y ayer en Praga, y los campesinos de José Bovais en Francia. Ninguno de ellos podría existir sin la Red ni los otros medios.

Manuel Rivas:

Me gustaría insistir que a veces olvidamos hechos muy importantes y recientes. En el Londres del siglo pasado, durante la Revolución Industrial inglesa, dos tercios de los ataúdes eran de color blanco, para niños. Consideramos a Dickens como algo del pasado, pero esto ocurre también en la actualidad. Y no sólo en Londres. Sabemos que está pasando en las grandes metrópolis del mundo, en muchas partes, ahora mismo. Se trata del mismo mundo que el de Dickens. La novedad reside en que nosotros y quienes sufren esta situación lo sabemos.

Para mí, el sida representa de modo dramático la nueva situación, creada de un lado por la excedencia de información y, de otro, por la administración absurda de lo económico que domina todas las esferas. Se trata de algo público. Lo dice la ONU. Se proclama desde todas las tribunas y en todos los medios de comunicación: Ya existen tratamientos médicos para controlar en gran parte esa enfermedad. Pero a la vez se nos está diciendo que treinta millones de personas están aquejadas de sida en Africa y que cada día mueren miles de niños. La diferencia, respecto a otros periodos, estriba en que muchas de las personas agolpadas en los hospitales en Africa saben que existen esas medicinas y que quizás tan sólo un avión se las podría llevar en cinco o seis horas. Pero también saben que tienen un precio inasequible. Creo que esto es lo dramático y, en mi opinión, va a provocar más de una sacudida. En ese sentido sí pienso que la información y los medios como Internet son una gran herramienta de transformación, pueden serlo.

John Berger:

Si entendí bien, Manuel decía que la gente cree que Dickens está pasado de moda, pero de hecho no es así, ¿de acuerdo? Resulta curioso. No paran de surgir coincidencias como ésta entre nosotros. La semana pasada me estuve leyendo *Hard Times* de Dickens y resulta increíble su actualidad.

Víctor Sampedro:

Manuel decía que habrá sacudidas. Coincidirá en que tiene que venir un terremoto en la aldea global, la aldea terremota, como alguien bautizó las poblaciones gallegas afectadas por seismos. Todos de baja intensidad, claro. Por tu parte, John, en tu último libro, citas a Jean Baptiste Vico, y dices que primero habitamos la edad de los dioses, luego la de los héroes y más tarde la de los hombres. Ahora, añades, vivimos en la edad de los perros. Nuestra realidad cada vez se define mejor por los sin techo, los sin tierra y la gente sin papeles de trabajo ni residencia.

Parecería que hubiésemos regresado al tiempo de los comedores de patatas, como dice Manuel citando un cuadro de Van Gogh. O con otra de sus expresiones: todavía somos el pueblo de la noche. Mucha gente busca luz, la utopía de la plenitud económica, laboral o sexual que les vende el sistema, pero sólo encuentran escasez y barreras.

John Berger:

No. Me pregunto si el sistema vende utopías, porque la utopía implica un futuro, ¿no? Y el sistema está ofertando sólo la próxima semana. De hecho trabaja con el horizonte de los dos próximos minutos. En las fabulosas transferencias de dinero, cuyas consecuencias implican a todo el mundo, el futuro no es siquiera la próxima semana. El verdadero umbral son los próximos dos minutos. Te venden el sueño de la siguiente venta. Pero eso no es utopía. Al menos no como yo la entiendo. Odio las utopías pero, no obstante, se debiera conservar un cierto idealismo y ofrecer un sueño. Lo que nos venden ahora no contiene ni siquiera un ápice de fantasía, excepto la que puede ser utilizada para vender el siguiente producto el próximo viernes.

Nela [recupera la palabra, tres palabras]:

Sólo venden eso.

John Berger:

Pero esta misma necesidad del sistema, del nuevo gran orden mundial, se apoya en una red de magnitudes increíbles que puede ser usada de modo muy inteligente. Nos hallamos en una situación interesante, contradictoria y dialéctica. Pero pensamos que no tenemos parte alguna en ella. No nos sentimos parte de la misma. Sin embargo, debiéramos tomar parte contra su mentira, desmentir la promesa absurda de haber alcanzado ya las condiciones humanas de existencia. Todo eso es falso y no podemos olvidarlo, sentirnos marginados de lo que oímos cada día, cada minuto. Hay significados que debemos resistir y que han sido producidos a miles de millas de distancia.

Hemos sido débiles, hemos empezado muy lentamente, sin el suficiente optimismo o mejor, sin mostrar la suficiente fe. Pero las cosas están empezando a cambiar, se mantiene la pequeña esperanza de que aquí reside el principio para seguir comprendiendo y trabajando. Y podemos constatar algo increíble. Los políticos, en todas partes, están cagados de miedo. No tienen miedo de nosotros, por supuesto que no, ya que somos una amenaza insignificante. Pero sufren un miedo permanente, porque el proceso se les escapa de las manos, no pueden controlarlo. Esto, que puede resultar peligroso, de hecho no es tan malo [lo dice con un sonrisa mezcla de ironía y entusiasmo].

Víctor Sampedro:

Estáis tocando temas muy interesantes, pero no queremos agravar vuestra falta de sueño [John: Y la cama nos está llamando]. A ver si podemos esbozar algunos otros puntos. Cuando arrancas una planta lo primero que ves son las raíces...

John Berger:

Si la sacas con cuidado.

Víctor Sampedro:

Cierto. Con algunos pueblos pasa algo semejante. Cuando pierden o abandonan su territorio surge el nacionalismo, la reivindicación de las raíces... Cuando eres globalizado por un extraño lo primero que miras, como en la planta, son tus raíces. Manuel en un poema magnífico dice “Abajo todas las naciones,/ dijo aquella especie de mendigo./ ¿Todas?/ Todas, menos aquella / que dé buena sombra”. Está recogiendo la idea del nacionalismo de Castelao, un intelectual y caricaturista gallego que escribió un libro llamado *Siempre en Galicia*. Sin embargo, desde el final de la Guerra Civil vivió exiliado hasta su muerte en Argentina.

Manuel comparte con Castelao la idea de una nación que está siempre presente, que se hace presente en la frontera. Cuando estás siempre abandonando un espacio resulta necesario saber a dónde volver. José Angel Valente, otro poeta gallego que murió al lado del Mediterráneo, afirmaba “me voy para tener siempre que regresar”. Este es un discurso sobre la nación negado por el mercado, porque las empresas buscan consumidores y públicos cautivos. Tampoco lo recogen la mayoría de los nacionalismos políticos, porque los líderes buscan votantes cautivos, enfrentados en las urnas. Ese nacionalismo sólo se encuentra en la buena poesía. No sé cuales son las vías, los vehículos para introducir en el mundo presente esta noción de patria, más humana y real. Porque resulta cada vez más complicado hablar de tus raíces sin ser acusado de atrasado. ¿Cómo escapar de esas etiquetas? Supongo que recuperando historias personales que construyan naciones de carne y hueso. Ambos lo hacéis en vuestra obra.

Manuel Rivas:

Creo que frente a la globalización se produce una reacción defensiva, que utiliza la palabra nacionalismo a veces para todo con un uso interesado. Como ocurre con cualquier palabra. Cuando hablamos de tareas de futuro, debemos recuperar el sentido de las palabras nación y democracia. En mi opinión, para que tengan sentido deben vincularse a la palabra comunidad. Me parece invivible un mundo sin un sentimiento comunitario. A eso, en cierto sentido, puede ayudar las raíces. No en sentido retórico, peleando por quién tiene más páginas en la enciclopedia, quién tiene más héroes, más batallas ganadas o perdidas. Me refiero a un sentido vital y actual, ligado a un nuevo comunitarismo.

Por ejemplo, el término democracia, que es muy importante, resulta inseparable de un lugar, de un planteamiento de lugar. La democracia debe tener un marco. De ahí la importancia de recobrar el sentido de la comunidad, de la democracia local, del autogobierno. Reflexionaría sobre las raíces y el sentido de las raíces nacionalistas vinculándolas a esta idea de comunidad y democracia.

Lo que pasa es que...claro, a veces se postulan unas raíces... Hay una frase para mí inolvidable que dijo un emigrante gallego en un programa de televisión cuando volvió a Galicia después de muchos años. Se había marchado de niño a Argentina y cuando regresó a los 70 años, lo trajeron en un viaje de estos que organiza la Xunta. Él no podía pagarse el avión para un viaje de nostalgia. Les dieron los billetes a un grupo de ancianos, como una operación de imagen...los viejos emigrantes que regresan. Entonces, a este hombre le entrevistaron en televisión. No entendía por qué le habían pagado el viaje. A él que era un pobre hombre, que había fracasado en el sentido económico. Le preguntaron: “¿Está usted orgulloso de ser gallego? Ahora en Galicia hay carreteras, hay farolas, hay paseos marítimos, hay mucho asfalto. Cuando usted marchó no había nada. ¿Usted está orgulloso de ser gallego?” . Dijo: “Sí, estoy muy orgulloso de ser gallego porque gallego puede ser cualquiera”

Víctor Sampedro [Se lo traduzco a John y se ríe mucho: “De acuerdo. ¡Qué bonito!]:
¿Y sobre el nacionalismo, John?

John Berger:

¿Por qué esta pregunta resulta tan urgente hoy? Tal vez tengamos que empezar dándonos cuenta de que la vida en la tierra resulta siempre muy dura y llena de dolor. Uno de los estímulos y consuelos frente a este hecho, que me parece intrínseco a nuestra existencia, es el sentido de pertenencia. El sentido de pertenecer significa...

Nela:

Las raíces...

John Berger:

Sí, las raíces. Es lo mismo. Raíces está bien, pero hay un sentido de pertenecer y un cierto sentido de esperar e incluso algunas veces de encontrar y mostrar reconocimiento. Esto empezó en el Paleolítico. Existía en las antiguas ciudades griegas, y la muestra más tardía de esta necesidad de pertenecer a una tierra y a unas gentes, que nace de la dureza de la vida, es el concepto de nación, con todas sus contradicciones.

¿Por qué es hoy tan urgente? Porque el poder de las naciones, de hecho, resulta mínimo. Las decisiones que se toman ya no son nacionales. Las importantes son internacionales, y ni siquiera. Las adoptan unos “especialistas” que no son internacionales en el sentido de representar a un grupo de naciones, sino que actúan con total independencia de todo el mundo, de todas las naciones. Además, de forma completamente anónima. Pero sus decisiones afectan a todo el mundo, en todas partes todo el tiempo. No sabemos sus nombres, no sabemos nada. Por supuesto, no fueron elegidos ni representan a nadie. En cierto sentido también ellos son víctimas del sistema al que sirven, porque sólo actúan como marionetas. Por supuesto merecen respeto, porque también son víctimas.

En esta situación en la que el poder de las naciones es ínfimo, los valores son impuestos por el mercado. Esta fuerza inhumana y la desaparición del sentido de pertenencia provoca un nacionalismo muy radical y violento. Si pensamos en lo que está pasando en Yugoslavia, achacar todos los males a las diferencias de etnia y de religión resulta una gran mentira, una gran mierda. Por supuesto, que juegan un papel, pero realmente pesan las razones económicas y la llegada del mercado. Esto es lo más engañoso.

Si lo reconocemos, entonces tenemos que pensar que con el nuevo orden mundial, el orden económico, también existe la nueva tecnología, con toda su red de conexiones a Internet. En este contexto me parece que la única esperanza de recuperar el sentido de pertenencia no es la vieja idea de nacionalidad, que ya ha sido barrida de la historia, sino un sentido de pertenencia que tiene que ser establecido por todos y en el cual las nuevas intercomunicaciones son una posibilidad. Y no estoy hablando como Bill Gates. No estoy hablando de la aldea global, porque todo eso es absolutamente hipócrita.

Por supuesto, la única forma de pertenencia válida ahora es encontrar una bolsa de resistencia tras otra. Es lo único que puede darnos un sentido de comunidad. Esas bolsas de resistencia son increíblemente diferentes y no tienen un programa común, excepto la resistencia. Están en todas partes, de diferentes maneras. Y ahora pueden estar interconectados. Tan pronto como conquisten poder y están empezando a hacerlo, quizás todo ese potencial se convierta en algo totalmente diferente. Por esto digo que no hablo como Bill Gates.

Manuel Rivas:

Lo que hablamos para mí tiene bastante relación con la visión que podemos tener de la naturaleza, en paralelo a la que tenemos de las culturas y de su pluralidad. Incluso, diría que guarda cierta relación con la polémica de los alimentos genéticamente modificados. Es decir, creemos que se trata de sentido común y aceptamos que la biodiversidad debe preservarse, que resulta deseable... Además sabemos que es algo en movimiento, que no se puede recluir en un museo de historia natural, reconocemos que sería algo lamentable para el mundo la desaparición de la Amazonía... o que se impusiera una única marca de maíz, y que las semillas y el suministro anual dependiese de una multinacional.

Yo reflexionaría sobre las culturas, el mestizaje y las raíces desde ese punto de vista, desde un punto de vista ecológico. Incluso significa un desafío a la idea tradicional de nación, como frontera fijada por una elite. Representa un cambio, en ese sentido, radical. No conozco a ningún campesino que si llega una semilla de América la desprecie. Al contrario, dice: “Ah! Mira qué palmera más hermosa creció aquí en mi tierra”. Está orgulloso de cultivar un árbol que llega de América. En su tierra consigue otra planta que no existía...o el kiwi. Si de repente cosecha unos kiwis preciosos, el campesino se siente orgulloso. Ésas son las raíces... el juego con raíces.

Aunque parezca que cambio de tema, no cambio. Si pensamos qué es Europa o la identidad europea, realmente ¿quién tiene una verdadera noción de lo que es Europa? ¿El consumidor medio que se levanta, hace su vida rutinaria y compra en un sitio sin preguntarse de dónde viene el producto, digamos, el prototipo de cosmopolita robotizado? ¿O la persona que muere por llegar a Europa, el emigrante que quiere venir porque conscientemente sabe que aquí hay pan? Además, quizás inconscientemente, sabe que hay más libertad, por lo menos piensa eso. Busca aquello que todo ser humano busca con más intensidad en la vida, que es el pan y la libertad. Quizás quiere más a Europa, resulta más europeo, el que se muere en el Estrecho que el europeo con todos sus papeles en regla. A la hora de reflexionar sobre las raíces sería interesante pensar quién es europeo, el que sueña con serlo o el que ya se lo cree.

Víctor Sampedro:

Propones, Manolo, que cuando pensemos las culturas y los nacionalismos lo hagamos desde los términos de la biodiversidad. Que como campesinos no rechacemos ninguna semilla que venga de fuera, que la plantemos y cultivemos. Y valoras el europeísmo de quien busca el pan y la libertad, dispuesto a morir por ello en el Estrecho de Gibraltar, frente al que vive aquí con todo, y cuya libertad se reduce casi en exclusiva a comprar diversos productos. Eso realmente cambia...

Manuel Rivas:

La idea de Europa. Muchos europeos carecen de ella, al contrario de los que consideramos “los otros”, precisamente los que llamamos “extracomunitarios”...

Víctor Sampedro:

Tal vez el problema principal, a modo de sugerencia para hablarlo, resida en que los nacionalismos oficiales no están guiados por necesidades reales y humanas. No guardan apenas conexión con la vida cotidiana. Igual que en la iglesia, lo que dice el cura no se parece en casi nada a lo que rezan los campesinos. Partiendo de ahí, tal vez el problema, no sé si estáis de acuerdo, es que quien establece las líneas de las naciones establece las líneas de poder. *Asian Dub Foundation*, un grupo angloindio de música que nos gusta mucho, aunque no se parezcan nada a la que hace Pedro, afirman refiriéndose al racismo que “la línea del color es la línea del poder”.

En principio, no deberíamos tener demasiados problemas para aceptar la diferencia. Pero el problema surge cuando asociamos diferencia y poder. Los campesinos nunca miran al extranjero de ese modo. Sólo quisiera que hablaseis y reflexionaseis un poco sobre el racismo. Porque permanentemente nos enfrentamos a él, a quién define quién al “otro”, en qué términos lo encorseta y cómo escapar de ello.

Manuel Rivas:

Algo que me parece bastante dramático es que el sentido común y las religiones y el cristianismo (que en este plano significó un gran avance) nos dictan la idea de que todos somos seres humanos. Pese a tanto discurso, a la obviedad y al sentido común, resulta increíble lo sencillo que resulta producir odio. Se hace escribiendo, usando las palabras como mecanismos de generar odio. Cualquier repaso de la historia arroja un balance tremendo. Una canción de Sting dice que no vamos a aprender nada de la historia, porque la historia escrita es un catálogo del crimen. No tenemos más que ver el siglo que acaba de pasar... y lo que estamos viendo.

Hablábamos antes del sentido de la utopía. Quizás debiéramos pensar que ya sería una gran utopía afrontar cuestiones como el racismo desde el sentido común o la biodiversidad. A veces me parecen batallas desmesuradas. Cuando las ves te dices: “¿Y qué más?”. Antes también hablamos de Rusia, decía un periodista de allí en una pequeña ciudad: “Bueno ahora tenemos libertad para escribir pero no tenemos papel”. Pues la batalla primera sería que esa gente tenga libertad y papel.

Sobre el racismo resulta increíble lo importante que puede ser para la vida de una persona, cómo puede cambiarla, la oportunidad de jugar al fútbol con otros de su edad, de su mismo país y otras razas... los pases de balón. Sobre todo si recuerda el día en el otro chaval que no le pasó el balón a otro de otro color . Esas cosas parecen mínimas, pero son básicas. Bueno, no doy ninguna respuesta pero me apetecía decir eso del balón.

Víctor Sampedro:

Es que todo empieza ahí.

Manuel Rivas:

Todo empieza ahí, es decir, que los niños se puedan pasar el balón. Fíjate tú que batalla: que no haya muros entre esos chavales.

John Berger:

Bien, vuelvo con algo totalmente desconectado. Me gustaría regresar a lo que estaba diciendo sobre los usos y significados alternativos de los nuevos medios de comunicación. En uno de sus últimos textos Marcos termina hablando de Miguel Angel. Cuenta cómo esculpió su última pieza, que fue La Piedad. Cogió una pieza de mármol que ya había sido trabajada por otra persona, así que lo que pudo hacer era limitado. Sólo pudo usar el espacio que quedaba para él. Y creó este increíble trabajo sobre la compasión. Marcos termina su comunicado añadiendo, como acostumbra, una postdata: “¿Tiene alguien un martillo?”

Si volvemos al racismo y al fútbol, en Francia ha perdido ahora casi toda su visibilidad. Hay varias razones para esto, incluyendo por supuesto, los movimientos de solidaridad con los inmigrantes. Pero el primer motivo y el más obvio fue la victoria del equipo francés de la Copa del Mundo. Hablo en serio, porque de repente la victoria dio forma a un sentido de identidad nacional y la mitad del equipo no eran jugadores blancos. Resultaba extraordinario observar como toda la gente que había dirigido mal su ira, dejaron de escuchar a Lepain. Aunque no es siempre el caso, el fútbol ofrece conexiones políticas a veces muy positivas... y la música, la poesía... todas las actividades de creación.

Frente al problema del racismo todos tenemos una tendencia de buscar a los racistas y combatirlos. Pero creo que en cierto sentido todos somos capaces de comportarnos y sentir como racistas, en cualquier ocasión. Porque el racismo no empieza realmente con las ideas de: él es negro o él es oriental o lo que sea. El racismo realmente empieza con una distinción mucho más sutil que establece: nosotros y ellos. Arranca ahí, y ellos, los otros, tal vez, son quienes piensan cierto tipo de cosas, o viven o vienen de determinados sitios. Ocurre, incluso, entre los pintores, ellos son abstractos y nosotros somos figurativos [se ríe].

Víctor Sampedro [entre risas]:

Una gran lucha, sí señor.

John Berger:

Sí. El racismo se nutre de esa terrible y perniciosa distinción entre nosotros y ellos. Por eso me parece muy, muy importante lo que intentamos al hacer música, escribir o, simplemente, vivir. Se trata de que con nuestros actos hagamos esa oposición más difícil para quienes nos ven, escuchan nuestra música o leen nuestras historias. El impulso negativo nunca será eliminado, me parece a mí, pero la lucha debe continuar, sin descanso.

Manuel Rivas:

Esto está en relación con la pobreza, el rechazo es al pobre no tanto al color [John Berger asiente varias veces]

Víctor Sampedro:

Una profesora de universidad, Adela Cortina, especialista en ética propone un término, que no es nuevo, viene de los griegos. Se llama aporofobia, la fobia, el miedo a quien no tiene nada ...

Nela y Manuel Rivas:

Al pobre, al pobre...

Víctor Sampedro:

No se odia a quien es diferente sino al que no...

John Berger y Nela [a dos voces]:

al que no tiene.

Manuel Rivas:

Para el racista si se trata de una mujer guapa, africana o del color que sea, puede poseerla, y entonces ya no existe racismo. El conquistador buscaba a las mujeres, no tenía problema en poseer a las indígenas.

Víctor Sampedro:

Esta búsqueda de mujeres, de mujeres indígenas para las pasarelas de moda... es otra forma de conquista de mujeres "indígenas". Naomi Cambell, tan bella y distante, no plantea problema de racismo alguno.

John Berger:

Sin problemas...

Manuel Rivas [acabamos compartiendo nuestras frases]:
con las top-models...

Víctor Sampedro:

El problema surge con la vieja mujer negra que vive en la calle, en la Gran Vía. He visto que sobrevive allí, desde hace más de tres años, cada vez que la veo parece más triste y deformada... pero resiste, es King.

John Berger:

Sí, sí.

Víctor Sampedro:

Sólo una cosa más. John ha escrito una reflexión sobre el amor que podría servir como antídoto del racismo. Dices: "El verdadero amor es pensar que el otro es todo, excepto lo que tú eres." De modo que, si amas así, estás amando la totalidad, el universo. Me parece una buena aproximación a la diferencia, que lo es todo, menos aquello que creemos ser. Si amamos la diferencia estaremos amando todo. Podríamos aplicarla al racismo, si estás de acuerdo.

John Berger:

Sí.

Varios meses después, entre las réplicas del terremoto de El Salvador, me recomiendan un autor y un libro desconocido: Manlio Argueta, *Un día en la vida*. Se trata de un magnífico monólogo interior de una campesina acosada y enviudada por los paramilitares. En unas páginas intenta quitarse el miedo hablando con su *can de palleiro*, que allí llaman chucho aguacatero, con párrafos de este calibre:

"El chucho es mi hijo, mi hermano, mi primo, mi tío, mis abuelos, mis sobrinos, mis tíos abuelos y mis sobrinos-nietos, bisnietos y tataranietos. Sin chucho no hay familia, es la verdad".

"El chucho ladra para hacerse sentir y me habla cuando tiene hambre, cuando tiene frío. El chucho es como los pollitos sólo que no le hacen canciones para cantar en la escuela".

"El vivo a señas y el chucho a palos, eso es nada más por decirlo pues a veces puede volverse al revés y el chucho atiende a señas y el vivo a palos".

"Cuando las ánimas andan sueltas es mejor agarrar el chucho a un palo de jocote o madrecao porque si no se agarran a mordidas y el que lleva las de perder es el chucho. Si está amarrado, la cosa cambia porque entonces las ánimas creen que es un

hermano de sufrimiento y no lo atacan. Tiene que ser en un jocote o un madrecaao”. En Madrid no hay. Aquellos chuchos aguacateros desaparecieron en la noche tras alguna ánima.